



Al justo equilibrio que mantuvo López Obrador en el sexenio lo desplazó una dosis de imprudencia. Su epítome, la reforma judicial.



**CARLOS
PÉREZ RICART**
@perezricart

Estirar demasiado la liga

Todas las ligas se rompen, incluso las más fuertes.

La historia está llena de líderes que destruyeron sus proyectos políticos por estirar la liga más de lo debido, por la pretensión de extenderse demasiado a sí mismos.

La desmesura lleva al autoengaño; el deseo vertiginoso, a pasar por alto las señales contrarias, la irremediable dureza de los hechos.

Estirar de más la liga es práctica universal y atemporal. Es independiente de la época, del espacio. Así lo muestra *"La marcha de la locura"* (1984), el famoso libro de la historiadora Barbara W. Tuchman.

El libro de Tuchman es una colección de ensayos que examina cómo, a lo largo de la historia, diferentes liderazgos políticos han tomado una decisión contraria a su propio interés. Esto, a pesar de que toda la evidencia disponible sugería otro derrotero: los troyanos que llevaron el caballo de madera dentro de sus muros, los papas renacentistas cuya soberbia provocó la secesión

protestante (1470-1530), la arrogancia inglesa que derivó en la pérdida de las trece colonias, la obcecación estadounidense en Vietnam...

En todos los casos, la historia es la misma: líderes que actúan "en contra de los dictados de la razón y del autointerés ilustrado". Ejercicios fuera de toda sabiduría política.

Leo a Tuchman y pienso en la propuesta de reforma judicial que se aprueba en el Legislativo con la misma velocidad con la que tecleo estas letras. Pienso en las conclusiones que obtienen irremediabilmente los especialistas: ésta no resolverá los problemas de justicia del país y sí, en cambio, generará inconvenientes que Claudia Sheinbaum lamentará desde su primer día de gobierno. El consenso es tan amplio que apenas hay espacio y razones para impugnarlo.

Comprendo las motivaciones de Palacio Nacional. El objetivo de refundar el Poder Judicial no solo es razonable; también es imperativo. Lo que no se admite es comprometer el gobierno de su sucesora.

La cautela económica fue el caballo de batalla de López Obrador, el camino que explica lo imponente de varios de sus logros. Destaco dos: el descenso de la pobreza en 8.6 puntos porcentuales (World Bank Group, *Macro Poverty Outlook for Mexico*, 2024) y la notable reducción de la desigualdad. En este sexenio, por primera vez en 70 años, se redujo la concentración del ingreso de las clases altas en el país (de 62% a 58%).

Son estos logros la base de la legitimidad presidencial. López Obrador mostró que se puede gobernar en favor de los más desprotegidos sin poner en jaque las cifras macroeconómicas. En una frase: *Por el bien de todos, primero los pobres*. Sus primeros cinco años de gobierno fueron una lección de cómo combinar el proyecto con lo posible, el deseo con el método, el horizonte normativo con la política real.

Los últimos meses han sido lo opuesto: una continua transgresión de los límites impuestos por la realidad, la aparición de la diosa Hybris cuando nadie le rezaba. Al justo equilibrio del se-



xenio lo desplazó una dosis de imprudencia. Su epítome, la reforma judicial.

La perspectiva económica ya no es buena. La última encuesta de Banxico redujo a 1.6% la expectativa de crecimiento del PIB para 2024 (en junio era de 2.0%). En el mismo periodo, el riesgo país creció de 299 a 327 puntos base. Hay otras señales frente a nosotros: la depreciación del peso, el retroceso de la inversión fija, el descenso del consumo privado, los malos números del verano en materia de empleo... Todo junto, una bomba perfecta para detener el crecimiento y reducir el alcance de los mecanismos redistributivos que promete (y necesita) el segundo piso de la Transformación.

Y esos son solo los costos económicos. El conflicto político que se avizora no es menor. La Presidenta enfrentará paros, huelgas y la difícil organización de una elección que todavía nadie puede explicar. Lo que en junio era viento a favor, en septiembre es ya ciclón tropical. En unos meses podría ser huracán.

No hay colisión externa a la que culpar. Estamos ante un choque autoinfligido, un intento por estirar demasiado la liga, esa práctica atemporal y universal.

La imposición de la reforma judicial es una mala señal, un exabrupto de insensatez que reniega de la evidencia y atiende más al deseo que a los hechos. Lo dicho: una política contraria al propio interés, una abierta confrontación a las leyes de la física y a la resistencia del caucho.